

EMMANUEL CARBALLO

CUATRO RETRATOS

Algunas de mis vivencias y experiencias de los años cincuenta las trasladé a mi libreta de apuntes. Estos cuatro retratos son en parte autobiográficos (sobre todo el primero y el segundo) y en otra elaboraciones originadas en ciertos libros que leí por ese entonces cuidadosamente y anoté con tintas de diferentes colores: la negra señalaba los pasajes importantes, la verde las ideas que no me convencían y la roja los fragmentos que fueron revelaciones que cambiaron mi modo de comportarme en la vida.

Me retraté como joven tímido y como hombre inquieto. El primero de estos ejercicios permite que me vea como un muchacho indefenso y disminuido a quien el amor ha tratado con severidad un tanto injusta.

El joven confuso que fui vaga entre escombros y se conforma con probar las migajas de un banquete al cual no lo han convidado. La retórica que inunda el texto oculta mi perplejidad y falta de aplomo en la vida.

El segundo corresponde a una etapa más prometedora. En él recojo mis puntos de vista sobre el amor individualizado, que no se conforma con aceptar a cualquier mujer sino que busca a la predestinada, capaz de ofrecerme una a una las satisfacciones apetecidas en un momento dado. Quizá lo más personal se encuentre en la idea de que no hay mujeres para siempre y una historia de amor, ampliamente gozosa, cabe en un pequeño trozo de existencia; también es importante el planteamiento de que no me interesa ejercer el amor en forma simultánea sino sucesiva.

El tercer texto es el retrato de una probable actitud repulsiva: me aterraba la posibilidad de proceder como un hombre respetable después de haber sido un hombre inquieto, de abandonar mis creencias juveniles desinteresadas y volver propias las ideas que acerca del amor posee la burguesía jalisciense ávida y expansiva.

El último retrato abandona lo biográfico e incide en el análisis de una persona que perturbó mis sentidos y puso a trabajar mi capacidad de entender a los seres que amaba y no correspondían a mi afecto. Este retrato es una venganza. Basado en una mujer de car-

ne y hueso, Catalina Santana, de quien fui amigo y no amante, me propuse en él describir su radiografía, emprender su estudio clínico. El resultado fue diferente: el texto pronto abandona a la mujer con nombre y apellido y se interna por los callejones sin salida del arquetipo. La venganza se convirtió en homenaje a sus limitaciones: quiso ser una puñalada por la espalda y no fue más allá de un balazo disparado con mala puntería contra su corazón.

1. El joven tímido

El joven tímido pretende encontrar en la mujer que ama a dos seres distintos: la madre que perdona y la hermana que comprende.

Con ella, con la mujer amada, el joven tímido quisiera proceder del mismo modo como su padre se comportó con su madre, condescendiente cuando la toma y áspero cuando la necesita.

Al contrario de su madre, la mujer amada lo trata como algunas amas de casa manejan a sus sirvientas más desclasadas: con un vago afecto familiar que en vez de concederle prerrogativas lo abrumba de obligaciones.

A semejanza de la hermana, la conducta de la mujer elegida con el joven tímido es más elaborada y menos brusca: lo mira como si tuviera 12 años desde la torre de su experiencia proclive a las tiranías; lo afronta como si fuera el convidado de piedra que asiste a sus festines amorosos vulgares e intrascendentes.

Como no tiene vocación de suicida, el joven tímido pacta con sus propios infortunios, acepta y después practica con las demás mujeres los rigores que ha padecido. En su cotidiana vida amorosa pasa de la sumisión a la agresividad, de la pureza a la concupiscencia. Conquista lo ya conquistado, somete lo ya sometido, se adueña sin fuerza ni razones de lo que por cansancio, debilidad o complacencia es a todas horas territorio libre para realizar cualquier tipo de capricho.

Vence donde no hay combate, legisla donde no hay pueblo ni tribunales que hagan cumplir las leyes y donde los verdugos por ociosos han desaparecido. Sus victorias tienen la calidad de la ceniza, son evidencias que lo incapacitan para revivir los esplendores de las llamas y las brasas.

2. El hombre inquieto

Este hombre cada vez que se enamora apuesta su vida. El placer es para él un deber. No tiene capacidad para amar a un tiempo a dos mujeres. La presencia de una le vuelve intolerable la existencia de otra. Puede amar a varias mujeres, pero ateniéndose a estricta cronología. Y las ama "para toda la vida", aunque esa vida se reduzca a minutos. En su lenguaje se identifican durabilidad e intensidad. Sólo es durable lo intenso, y lo intenso se evalúa con patrones subjetivos.

Se entrega a la mujer con ingenuidad de niño, con desamparo de pordiosero. Se entrega en cuerpo y alma, irremediablemente. No busca aventuras, ni entre sus propósitos figura la seguridad. Vive a la intemperie. Reduce el mundo a la mujer que ama. Desea que ella le ofrezca aquellas cosas de las que se desprendió al comenzar a quererla. La necesita prestidigitadora: capaz de darle, por artes de magia, las innumerables satisfacciones que requiere. Su actitud es suicida: se da sin límite y sin seso; exige de la otra parte una entrega del mismo tamaño.

Al margen de leyes y formas de convivencia, instala su felicidad en la quebradiza región del azoro, en la tierra de fuego que al consumirle lo redima. Aniquilado su egoísmo, conoce la compañía. Concluido su peregrinaje, el hombre del círculo vicioso le considera cada día más excéntrico y más lastimoso.

3. El hombre respetable

Tal vez la palabra que mejor califique al hombre burgués sea insaciable. Siempre quiere más: más consideración, más dinero. Si tiene una mujer, necesita dos: su esposa y su amante. (Aquella "incommovible" como el deber; ésta, "caediza" como el placer.) No ama a ninguna de las dos: aprecia en una y otra el papel que les otorga el grupo humano a que pertenecen. No ve en ellas seres de carne y hueso. Su esposa representa la seguridad; su amante simboliza la aventura. Demasiada seguridad le envejece; la aventura excesiva le perturba. Encuentra el equilibrio en el círculo vicioso. Respeto a su esposa porque cree amar a su amante; soporta los excesos de su amante porque ama la frigididad condescendiente de su esposa. Cristiano ambiguo, cree con la misma intensidad en su ángel guardián y su demonio de cabecera. Resuelta así su economía afectiva, sólo le preocupa ser más respetable y más próspero.



Alicia Hernández Chávez
*La tradición republicana
del buen gobierno*

Manuel Miño Grijalva
*La proindustria colonial
Hispanoamericana*

Alicia Hernández Chávez
*Anenecuilco.
Memoria y vida de un pueblo*

Francisco Zapata
*Autonomía y subordinación
en el sindicalismo
Latinoamericano*

Ruggiero Romano
*Coyunturas opuestas
La crisis del siglo XVII en
Europa e Hispanoamérica*

Marcello Carmagnani
(Coordinador)
*Federalismos
latinoamericanos:
México/Brasil/Argentina*

*Fondo de Cultura
Económica*

*Fideicomiso Historia
de las Américas*

4. La virgen profesional

La virginidad no es únicamente torneo de humildad y soberbia. Así como existen vírgenes irremediabiles, otras prolongan ese estado a ciencia y paciencia de sus instintos. Podría hablarse de vírgenes ingenuas y vírgenes retóricas, de vírgenes caedizas y vírgenes imperturbables.

Estas últimas poseen estupefacto contexto moral. Saben lo que son, y no se asustan: se entusiasman con las arideces a que las confinan sus urgencias intactas. Convierten la virginidad en una profesión. Tras larga paciencia y dilatados estudios obtienen el mayor de sus propósitos: actuar con aplomo en un mundo que desconocen.

Juegan al amor, y con elegancia burlan sus acometidas; apuestan y, con certeza de triunfadoras, olvidan adquirir las fichas indispensables. Circunscriben el amor al ejercicio de un deporte: la aptitud que da el adiestramiento les permite obtener victorias imprevisibles. Uno de los estímulos de su juego reside en contender con enemigos cuya fama trasciende los ámbitos modestos. Rehusen por ignominiosos los contactos con hombres que no son de su categoría.

La virgen profesional siempre será una seductora, nunca una seducida. Impone reglas, de las cuales, en su conducta, se desentiende. Si renunció a la voluptuosidad, antes se deshizo de la pureza. La castidad la desazona, la lujuria la subleva. Su geografía se localiza en las fronteras de la virtud y el vicio. Es una contrabandista: vende a los licenciosos, sin pagar derechos, la picante desazón de su inexperiencia; asusta a los timoratos con el vago historial de sus hazañas. Habitante de dos orillas, en ninguna la consideran compatriota. Consigue así, a través del laberinto de su sensibilidad enrevesada, conservar lo que nunca estuvo dispuesta a perder: la ardua y sañuda virginidad.

En ella se yuxtaponen el conformismo y un imprudente afán novelesco. No transgrede las fórmulas sociales: simplemente las pone en tela de juicio. No se conforma con una existencia rutinaria: se sale de ella por la puerta falsa de la fantasía. No será de Dios ni del Diablo, menos aún de los hombres. Se debe a otras personas, ante las cuales se siente culpable. De su conciencia de culpa, y a la larga, desprende un culto admirable: el heroísmo de una castidad a prueba de balas. ■

ROXANA ELVRIDGE-THOMAS

LA OBLIGACIÓN DE ASESINAR

En la actualidad el nombre de Antonio Helú (1900-1972) es desconocido para muchos, a pesar de que se trata de uno de los más importantes promotores y escritores del género policiaco en México. Creó, en 1946, la revista *Selecciones policiacas y de misterio*, en la cual publicaba lo más selecto de este tema a nivel internacional, dando especial apoyo a los escritores mexicanos y latinoamericanos. Antonio Helú incursió con éxito en esta gama literaria con libros como *El crimen de Insurgentes* (teatro, s/f), *Tres novelas, un cuento y una comedia* (1965) y *La obligación de asesinar* (1957); este último llegó a figurar en el Queen's Quorum de Ellery Queen, como una de las 110 colecciones de cuentos policiacos de mayor importancia en esos tiempos. La

colección Lecturas Mexicanas de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes presenta ahora una reedición de *La obligación de asesinar*. Los lectores actuales pueden disfrutar del fino humor y el misterio manejados por Helú en este libro de cuentos escrito con un lenguaje coloquial, sencillo, y un estilo ágil que lleva de una acción a otra; la intensidad aumenta a medida que avanza cada cuento. En estos relatos no existe demasiada descripción, ella se va dosificando conforme se suceden las acciones. La ligereza que los acompaña logra captar el interés y provocar la diversión del lector gracias a las paradójicas aventuras que presentan. Un rasgo característico de estos textos es que finalizan en el momento del clímax, esto es, del "descubrimiento" del